

La Medicina Anecdótica

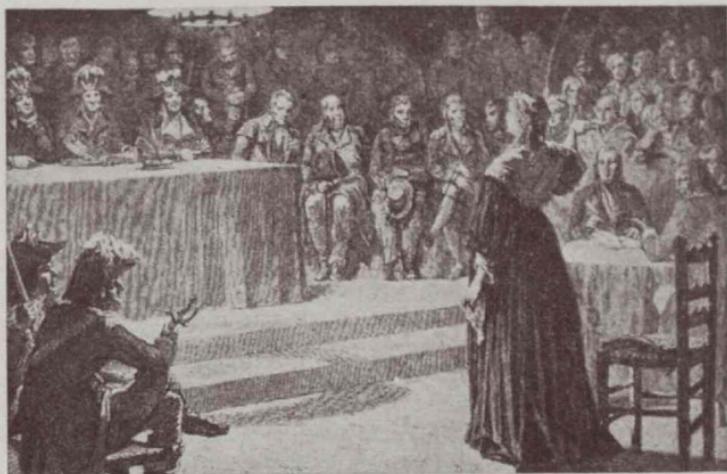
HISTORICA ARTISTICA Y BIOGRAFICA

Publicado por LABORATORIOS ROBERT

Número 29

LA MUERTE DE MARIA ANTONIETA

Cuando un grupo de hombres desesperados se lanza a la calle con el grito de "libertad" en la garganta, otro grupo minoritario de hombres inteligentes y cultos tiemblan al considerar que la libertad ha terminado desde aquel mismo



María Antonieta ante el Tribunal Revolucionario

momento. Lo malo de las revoluciones es su sanguinaria certidumbre de que por fin ha llegado el momento de imponer la verdad. Y cuando las coacciones de la imposición suplen a los esfuerzos de la persuasión, la injusticia muere

Q. 10618

93: An. Antonieta

C. 11-55

a los pueblos y amardaza las conciencias. No parece probable que la injusticia y la verdad sean compatibles, ni nunca nos parecerá que las revoluciones, con sus estocazos purificadores, hagan otra cosa que implantar la realidad de dramáticas contradicciones. Hoy, con la petrificada objetividad que presta el tiempo a los hechos remotos, podemos considerar aspectos indudablemente beneficiosos derivados de la Revolución Francesa. Porque las revoluciones y sobre todo las revoluciones de "abajo" hacen saltar a la Historia de la monótona horizontalidad de sus páginas en una especie de tentativa frenética de apresar el futuro. En este aspecto son realmente progresistas. Pero tanto las revoluciones de "arriba", lanzando desesperados lazos al pasado, como las revoluciones de "abajo", disparando sus ganchos de abordaje al futuro, suponen la anormalidad monstruosa de olvidar el presente, que es como decir que se olvidan del hombre. Y por eso en estos momentos de excepción la vida humana ha de ceder el puesto a las ideas. En estos momentos de excepción, la libertad desaparece, las cárceles se multiplican, las gentes mueren "injusticiadas" en el cadalso, bajo un reverente alarido en defensa de la humanidad, se imponen al hombre condiciones inhumanas. El cristianismo —grandioso en su moderación— enseña que con el tiempo es inútil jugar, por la sencilla razón de que el tiempo no tiene importancia. Nuestra misión no es arreglar futuros ni imponer pasados, porque la totalidad de los tiempos no es de este mundo. Cada día le basta al hombre con su afán, y el prójimo está demasiado cerca de nosotros y con nombres muy concretos para que tengamos que vestirlo con letras mayúsculas. El respeto a la libertad, la moderación con el vecino y la exultante devoción a las esencias del hombre, pueden deparar una sucesión de presentes luminosos muy lejanos a las truculencias ideológicas y a las panaceas de felicidad en esta vida, las cuales hay que imponer a los remisos con la protectora impaciencia de juicios sumarisimos y patibulos purificadores.

Si hemos hablado de revolución es porque acto seguido vamos a comentar la muerte de María Antonieta, una de tantas víctimas de la fraternidad revolucionaria. Pero ceñiremos esta muerte, no a la consideración histórica y política, sino a la curiosidad médica, pues así conviene al tono de esta publicación. Desde el momento de la muerte de la reina de Francia, se suscitó entre la familia real, sobre todo en la época de la Restauración, la creencia de que María Antonieta ya estaba muerta cuando subió al cadalso y que, por tanto, la guillotina sólo decapitó a un cadáver. Alrededor del año 1930, Emile Henriot volvió sobre esta cuestión y pidió colaboración a diversos investigadores para que le ayudaran en la tarea de esclarecer el enigma.

Las citas que motivaban la inquieta curiosidad de Henriot, provenían de

las "Memoires du Prince de Ligne", en donde se puede leer este párrafo: "La Reine d'apresent, la femme de Louis XVIII, m'a assuré que la malhereuse et belle Reine étoit morte dans la charrette, ayant fini ses jours en chemin pour l'échafaud"; y de un libro de Lafont d'Aussonne sobre la Restauración, en el que se dice algo parecido: "...l'infâme échafaud s'offrit à ses yeus! Ses yeux assitôt se fermèrent. La pâleur de la mort couvrit son visage; sa tête retomba sur sa poitrine. Elle avait cessé d'exister. Une apoplexie faudroyante termina les jours de la Reine; et ce fut son triste cadavre et non pas Elle même que les républicains portèrent sur l'échafaud..."



María Antonieta camino del patíbulo, apunte al natural por David.

Este hecho importante y desconocido de la apoplejía fulminante de María Antonieta movilizó a algunos historiadores y a los aficionados curiosos. Charles Ouy-Vernazobres publicó un autorizado opúsculo del cual extraemos los principales datos con los cuales daba su propia respuesta a la cuestión.

La salud de María Antonieta fué siempre buena. Los datos que se conocen de su biografía no permiten suponer la existencia de afecciones arterioscleróticas, artríticas ni cardíacas. La fortaleza de su sistema nervioso y la entereza de su carácter habían quedado ya probadas después de las masacres de Versalles y del asesinato de la princesa de Lamballe, de la cual se le mostró la cabeza cortada gritándole que la besara. Después, sin crisis ni desfallecimientos, soportó

la separación de sus hijos, la muerte del rey, los insultos, la promiscuidad de los guardianes y, por último, la terrible violencia del juicio con la escabrosa acusación de incesto corroborada por un hijo inconsciente y asustado. Todas las agonías físicas y morales las sobrellevó la reina con una presencia de espíritu admirable. Ni siquiera la debilidad creciente que se fué apoderando de ella, debido a las fuertes metrorragias que padeció en la cárcel, consiguió dominar la entereza de su gesto. La noche antes de su ejecución, mientras redactaba una carta a la hermana de su esposo, madame Elisabeth, carta que por otra parte es un modelo de serenidad, padeció una importante pérdida emática. Rosalia Lamorliere, muchacha a su servicio, fué testimonio ocular de este hecho. Encontró a la reina tumbada sobre el camastro y vestida con su severo traje de viuda. La muchacha insistió en que la reina tomara algún alimento: "Señora, ayer no tomasteis ningún alimento y casi nada durante el día. ¿Qué deseáis, hoy por la mañana "

"Hija mía —responde la reina— ya no necesito nada; para mí está todo terminado."

La muchacha insiste y la reina acepta tomar unas cucharadas de sopa. Después viene el cambio de traje. Se ha aconsejado a María Antonieta que no vaya al patíbulo con el llamativo traje de viuda, que podría exaltar al pueblo. La reina, a la que nada puede ya importarle, acepta sin embargo la sugerencia en un último deseo de complacer y abrumada por un perplejo dolor que le impide toda discusión. Es entonces, cuando se quita el negro traje, que queda descubierta la camisa manchada por las recientes metrorragias. María Antonieta quiere cambiarse la camisa para acudir a la cita mortal corporalmente limpia. El guardián que tiene la orden de no perderla de vista, le impone la humillación de presenciar el cambio de prendas. María Antonieta se acurruca en un rincón y Rosalia interpone su cuerpo para ocultar la desnudez de la reina. Después, María Antonieta esconde la camisa maculada en un hueco del muro. La historia de las repetidas metrorragias se opone en la opinión de Ouy-Vernazobres a las posibilidades de un ictus apoplético.

La Historia nos ha dejado una minuciosa descripción de los pasos de la reina hasta la guillotina, y los seguiremos brevemente para no negligir la posibilidad de su muerte durante el siniestro viaje.

María Antonieta se ha vestido con cuidado, con el cuidado que impone la dignidad. A las ocho, entra el sacerdote. La condenada se niega cortesmente a recibir los auxilios espirituales por parte de un sacerdote juramentado. Este propósito lo había ya formulado en su carta: en efecto en uno de los párrafos

leemos: "Muero en la religión católica, apostólica y romana, en la religión de mis padres, en la que he sido educada y en la que he profesado siempre, sin tener que esperar ningún consuelo espiritual, no sabiendo si existen aún aquí sacerdotes de esta religión". Y después de palabras de perdón para sus enemigos, termina: "Voy a ocuparme ya tan sólo de mis deberes espirituales. Como no soy dueña de mis actos, acaso me traigan un sacerdote; pero protesto aquí que no le diré una palabra y que lo trataré como a un ser absolutamente extraño". María Antonieta, pues, solamente reconocía como verdaderos ministros del Señor a los sacerdotes no juramentados.

A las diez de la mañana entra el verdugo Sansón. Le ata las manos a la espalda y le rasura la nuca. María Antonieta atenta tan sólo a morir con dignidad no opone ninguna resistencia. A las once, María Antonieta sube al fatídico carro con adrales expuesta a la curiosidad y a la ira del pueblo que juega trágicamente a salvar a la humanidad. Se sienta sobre la tabla sin almohadillar, mientras Sansón sostiene la larga cuerda que ata las manos de la reina. Es casi el mediodía del 16 de octubre, la comitiva se pone en marcha. La carreta avanza lentamente sobre las calles de París. En la rue Saint-Honoré la multitud entorpece el paso y el caballo se encabrita. El traqueteo sobre la dura tabla hacen sufrir a la reina, muy enflaquecida por los sufrimientos, pero su gesto no se doblaga. El testimonio de algunos contemporáneos es el siguiente: "Sa figure est tres pâle, avec des pommettes rouges, du sang amassé autour des yeux". Otro testimonio añade: "Des yeux fixes et des cils raides". Consciente de lo que es y de lo que representa, María Antonieta rinde su último acto público con toda dedicación. En algún punto del camino recibe la absolución de un padre desconocido, apostado en una casa, de la cual se le habla comunicado a la reina previamente el número. Poco antes de llegar al patíbulo, el pintor David, cuyo brillante lápiz estuvo siempre al servicio de la cobardía y del arribismo, traza un croquis de María Antonieta. Este croquis que se conserva en la Biblioteca Nacional. El dibujo muestra a la reina con el torso erguido, los miembros sostenidos y la cabeza alta. No es posible dudar de que hasta este momento la reina estaba viva. Está viva en medio de una muchedumbre que grita y que la insulta, y reúne todas sus fuerzas para no desfallecer. El comediante Grammont cabalga delante del carro y grita blandiendo el sable: "¡Aquí tenéis a la infame Antonieta! ¡Se ha fastidiado por fin, amigos!" La comitiva entra ya en la plaza de la Revolución. Diez mil personas aguardan desde la mañana la consumación del gran espectáculo. A partir de este momento los testimonios de la época no dejan lugar a duda. María Antonieta segula con vida. Desciende de la carreta por su pie, "avec légèreté et promptitude" y hay constancia escrita de "qu'elle est montée

seule sur l'échafaud quoiqu'elle ait les mains liées" y también de "qu'elle a refusé l'aide de bourreau avec un air plus calme et plus tranquille encore qu'en sortant de la prison". Pocos momentos después desgarra el aire un atronador "¡Viva la República!" El drama se ha consumado. Atendiendo a estas descripciones no parece haber motivos objetivos para aceptar la teoría de Lafont d'Aussonne de que se ajustició a un cadáver. Al contrario, el gendarme Rouy dice que "Elle a conservé une tenue, une fierté, un air altier qui la peignent". Y en los periódicos del día siguiente se podía leer el siguiente comentario: "Elle est morte à la bavarde". La única sospecha atendible proviene de un feroz "sans-culotte" llamado Lapierre, que asistió a la ejecución y que dejó constancia escrita del hecho en un lenguaje brutal, innoble y casi intraducible. Este testimonio es más valioso por venir avalado por la honradez de un historiador como Lenôtre que lo publicó en Nouvelle Revue Rétrospective y dice así: "... Marie Antoniette... la g... a eu la fermeté d'aller à l'échafaud sans broncher, mais quand elle a vu la médecine à l'épreuve devant ses yeux, elle a tombé sans forces. Mais, c'est égal, on lui a donné des valets de chambre et des perruquiers pour lui faire sa toilette..."

O sea que, "elle a tombé sans forces". Teniendo en cuenta la tensión sobrehumana de sus nervios para mantenerse irreductible en todo momento, la extrema debilidad y la larga serie de sufrimientos físicos y morales que la habían abrumado, no sería demasiado arriesgado suponer que en el último momento hubiera perdido el conocimiento o incluso hubiera muerto víctima de un síncope.

En último término la pretendida muerte en la carreta o la defunción por una apoplejía fulminante carecen totalmente de base. Arrebatarle a María Antonieta el mérito de haber sabido velar heroicamente por una muerte digna, sería quitarle la virtud más auténtica y personal de su accidentada vida.

Dr. Esteban Padrós de Palacios

septiembre de 1957

Ultimos avances farmacológicos

BI-CO-PEN ROBERT

El BI-CO-PEN ROBERT es una nueva especialidad de bismuto en la que se conjugan dos sales de penicilina, canfocarbonatos y cobalto en una síntesis, cuyo sinergismo antimicrobiano se ha manifestado a través de sorprendentes resultados. En efecto, LEVADITI y VEISMAN demostraron, con una extensa documentación, que la utilización conjunta de la Penicilina y las sales de Bismuto producía una potenciación de ambos fármacos. Así, la potencia terapéutica de la penicilina aumentaba de 4 a 5 veces y la potencia terapéutica del bismuto de 5 a 6. Por otra parte la adición de pequeñas cantidades de cobalto sensibiliza a los gérmenes toda vez que es conocida la propiedad de este metal para excitar la reproducción de los microorganismos llevándolos, precisamente, al periodo de su ciclo vital en que más fácilmente son atacados por los antibióticos. Del perfecto y racional sinergismo que se consigue con la adición de estos tres elementos terapéuticos se deriva una ampliación del espectro antimicrobiano y una posible disminución de las dosis, con la consiguiente eliminación de todo posible efecto tóxico.

El BI-CO-PEN se presenta en forma de supositorios, lo cual facilita su administración en la infancia, especialmente en los casos de empleo profiláctico.

La absorción por vía rectal se produce en una forma regular y satisfactoria, superando, por lo que a la penicilina se refiere, la uniformidad de niveles hemáticos alcanzados en la administración "per-os". Añade la ventaja de no interferir la normalidad de la flora saprofitica del intestino. Y por último la rapidez de absorción aleja todo peligro de inactivación por la penicilina del bacilo *Coli* intestinal.

Todas las experiencias realizadas, especialmente por los autores anglosajones, demuestran taxativamente la regularidad y la persistencia de los niveles hemáticos que alcanza la penicilina administrada por vía rectal. Así LOWE y

Colaboradores (Jour. Lab. Clin. Med. 30, pág. 730, 1946), después de la aplicación de un supositorio de 300.000 U. I. de penicilina, encontraron concentraciones del medicamento en sangre después de 12 horas de su administración.

De lo dicho se deriva el amplio campo terapéutico del BI-CO-PEN y la facilidad y eficacia de su manejo. Las indicaciones más inmediatas son: todos los casos de infecciones producidas por micrococos, estreptococos, estafilococos, pneumococos, gonococos, riketsias, espiroquetas, espirilos. Está también especialmente indicado en la terapia de las infecciones locales del recto y de los órganos vecinos, enfermedades del tracto urinario y del aparato genital femenino producidas por gérmenes Penicilino-sensibles. En las amigdalitis y faringitis tan corrientes en la infancia y en la edad escolar BI-CO-PEN, es el medicamento de elección tanto por los efectos espectaculares conseguidos en esta clase de afecciones, como por la facilidad de su administración.

Las dosis pueden establecerse según la siguiente pauta de carácter general:

Adultos: 1 supositorio cada seis horas, hasta un máximo de 4 diarios.

Niños: 1-2 supositorios en las 24 horas. Es decir, 1 supositorio cada 12 horas.

Solamente en los casos en que se traten infecciones de larga duración que exijan, por tanto, un empleo muy prolongado de BI-CO-PEN, se hará recomendable establecer una periódica vigilancia de la función renal.

Penicilina G Potásica	150.000 U I
Penicilina G Procaína	150.000 U I
Canfocarbonato de Bismuto	grs. 0'080
Canfocarbonato de Cobalto	grs. 0'015
Manteca de cacao c./s.	para un supositorio